

“Estás en la Luna” en el IES Pedro Alfonso de Orellana

El lunes 30 de marzo de 2009, “[Estás en la luna](#)” viajó conmigo al Instituto de Enseñanza Secundaria [Pedro Alfonso de Orellana](#), en Orellana la Vieja, Badajoz. Aproveché la invitación que me hizo el Departamento de Geografía e Historia de dicho instituto para intervenir en uno de los actos culturales con que han cerrado el segundo trimestre de este curso y charlé con los alumnos de 3º y 4º de la ESO (y algunos otros de Diversificación de 1º y 2º) acerca de las *historias* —reales y ficticias— que esos jóvenes lectores han entresacado de mi novela.



La gala literaria se celebró en el salón de actos de la Casa de la Cultura de Orellana y fue presentada por el director del Instituto, **Cándido González Ledesma**. Hablamos, sobre todo, de las raíces de los pueblos; de las que se mantienen aunque la tierra que tengamos bajo los pies haya cambiado. Hablamos de las raíces que unen a las personas, y de que muchas de ellas perviven y se fortalecen gracias a la tradición oral y a las historias que nos contamos unos a otros.

El clima fue agradable y amistoso, porque también había una raíz común entre esos jóvenes y yo: don Cándido.



Cándido González Ledesma —el profesor que nos había reunido— no sólo se encarga de la educación de los jóvenes con quienes dialogué sobre historia y literatura, sino que fue, hace muchos años, mi profesor de Ciencias Sociales. Me alegro de haber comprobado que sigue tan dinámico como le recordaba; siempre dispuesto a encontrar el modo más ameno y efectivo de enseñar: la práctica, la investigación, el trabajo en equipo... Al día siguiente de nuestra gala literaria se iba con sus alumnos de marcha por la sierra extremeña. Espero que haya sido una excursión provechosa y que su recuerdo quede guardado para siempre entre los tesoros de su alumnado, en un baúl tan precioso como el de *“Estás en la luna”*. Yo, por mi parte, aún conservo en el mío los debates y las asambleas que hacíamos en sus clases. Recuerdo que, a pesar de mi timidez de aquellos años, era tal la motivación que don Cándido nos transmitía, que incluso yo hablaba en público y me esforzaba por ser escuchada más allá del cuello de mi camisa. Gracias a él, hoy en día puedo disfrutar charlando con mis lectores en lugar de sufrir el tormento de la timidez... o sin sufrirlo apenas.

Gracias, don Cándido.